

A propósito de *Lógica de la crueldad*, nueva obra de Joan-Carles Mèlich. Reseña

Diana Melisa Paredes Oviedo*

Mèlich, Joan-Carles (2014). *Lógica de la crueldad*. Barcelona: Herder



xisten fábricas de buena conciencia. La moral es una de ellas, pero no podemos eludirla, pues hace parte de las estructuras antropológicas que nos constituyen.

Esta es una de las ideas que expone con fuerza Joan-Carles Mèlich en su libro *Lógica de la crueldad*, que hace parte de la tetralogía del *Homo Patiens*,¹ en la que se ha ocupado de las siguientes preguntas: ¿qué define lo humano? ¿Es posible pensar en algo esencial en los hombres?

En *Filosofía de la finitud*, de 2002, primera obra de la tetralogía, el pensador catalán nos mostraba lo que significa que los seres humanos seamos asumidos desde la finitud, es decir, como seres que estamos siempre en camino, que nacemos, vivimos y morimos sin lograr alcanzar el fin del trayecto. Esta condición, precisamente, es la que nos dispone para que logremos compartir el dolor de la existencia. Los seres que viven teniendo como marco la eternidad y lo absoluto no pueden comprender el desgarramiento de la humanidad y la condición metamórfica que le corresponde (Mèlich, 2012).

Ocho años después sale a la luz *Ética de la compasión*, segunda obra de esta colección, en la que alude a las respuestas que damos a aquellos que son diferentes, a quienes se reconoce por su nombre propio y no porque estén mediados por categorías previas que les adjudiquen cierto valor, por ejemplo, “persona”, “dignidad” o “humanidad”.

Antes de avanzar, creo necesario aclarar que, para el pensador español, los seres humanos somos seres de interacciones legales, morales o éticas. Las primeras se enmarcan en el lenguaje del derecho, y las segundas, en el de lo legítimo: con ellas se crea buena conciencia; podemos acostarnos tranquilos porque cumplimos, o aplicamos la ley, aunque fuese dura. En el tercer tipo de interacciones es donde están las tinieblas: justo allí se trata de responder adecuadamente al llamado del otro, pero nunca será suficiente, pese a que lo queramos y busquemos.

Esta obra traza la ruta para *Lógica de la crueldad* (2014), en la que el autor se “hunde en el corazón de las tinieblas”, en la cara cruel que tiene toda moral.

* Profesora del Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia. Correo electrónico: calebita33@gmail.com

1 La cuarta obra se encuentra en construcción y conversando con el autor tiene como título tentativo “Crítica del perdón”.

Como es habitual en su escritura, Mèlich inicia este excursus haciendo pasar al lector por un "Pórtico" (que va de la página 45 a la 67), en el que se expone la *gramática moral del mundo* como aquella que, luego de la muerte de Dios, retomada desde Nietzsche, persiste y se convierte en el becerro de oro a adorar y seguir, en otras palabras, en la nueva divinidad. La moral es asumida como un orden, una organización, un modo de ser en el mundo, que un ser finito no puede eludir. Entre las páginas 46 a 53 nos cuenta que el mundo es, para el ser humano, una-gramática-del-mundo; significa que vivimos en un mundo interpretado, no existen cosas dadas sino que nos apropiamos de las interpretaciones morales de los hechos y nunca de los hechos a secas.

Occidente ha definido la moral a partir de una lógica dualista o metafísica que, según Mèlich, divide el mundo de la siguiente manera: por una parte, lo perfecto, bueno, puro e inmutable; por otra, lo corpóreo, lo sensible, lo cambiante, lo impuro y lo efímero. Con base en esta división, hemos aprendido, paulatinamente, a vivir desechando los contextos, las situaciones o las circunstancias, y atendiendo a aquello que se presenta sin ambivalencias. Se trata, en el fondo, de un esfuerzo por normalizar las situaciones y hacer de ello la regla de vida, es decir, construir nuestra existencia a partir de marcos categoriales que ubiquen a cada quien en un lugar y, a partir de allí, tratarlos según una condición adquirida a través de las adjetivaciones correspondientes.

El autor presenta, desde la página 49 hasta la 56, una visión de la gramática, entendida como estrategia para enseñar las reglas de la escritura y el habla correcta, y los mecanismos de dominación sutil del lenguaje. La gramática vista de ese modo resulta crucial, en tanto que, a través de ella, se transmiten las normas de decencia, los hábitos, los signos y las costumbres de una cultura en un momento histórico determinado. No existen gramáticas neutrales; en ellas hay crueldad, porque se trata a los seres según las características que ellas mismas nos transmiten.

No nos confundamos: Mèlich cree que las gramáticas son ineludibles. No se trata de negarlas o destruirlas; de lo que se ocupa el filósofo es de explorar

esos espacios en los márgenes de la moral en los que la existencia del hombre también se resuelve.

Lo preocupante de los marcos categoriales es que los naturalizamos, actuamos como si fuesen transparentes; por eso son crueles, porque ignoran la contingencia y el cambio.

Finalmente, realiza una descripción de Occidente (que va de la página 63 a la 67), en la que presenta una cultura que ha heredado y nutrido un marco moral que parte de imperativos, principios y exigencias: en primer lugar, *universales* que solo consideran lo *genérico* y dejan de lado el nombre propio; en segundo lugar, que niegan lo *ambiguo*, pues se trazan líneas que separan con claridad lo justo de lo injusto y lo bueno de lo malo; finalmente, en tercer lugar, son principios *apriorísticos*, en los que se me ofrecen fórmulas para conducirme y actuar frente al otro, que no me comprometen como nombre propio, sino que actúo conforme a lo que se espera de mí según el marco categorial en el que me encuentra inscrito.

Ya en el primer capítulo empezamos el viaje. Desde la página 69 hasta la 110 el autor nos lleva de la moral hacia el derecho. Las palabras que abren esta ruta son "moral", "culpa" y "crueldad", y demarcan el territorio de la *mala conciencia*. Algunos autores que guían el camino son Michel Haneke, Fiodor Dostoievski, Sigmund Freud y Federico Nietzsche.

¿Por qué sentimos culpa? ¿Qué es la culpa? ¿Cómo se produce la mala conciencia en los hombres? Estas preguntas son esenciales para este apartado. Mèlich propone que nos sentimos culpables cuando experimentamos la no sujeción a un principio rector y nos sentimos incómodos ante la presencia del otro: "De lo que se trata es de lo que uno 'siente'. Si uno 'es' culpable no importa porque *la culpa nada tiene que ver con la realidad objetiva*" (Mèlich, 2014, p. 70). Vistas las cosas así, lo que existe es una experiencia interior que no puede ser exorcizada y que contamina. Me siento culpable, siento que alguien me mira, pero no sé quién es ese alguien; sólo sé que ante la presencia del otro me siento perturbado, porque temo que, al transgredir la ley, le haya hecho daño. Si no hay culpa, la moral no puede existir, no habría lugar a la defensa de las leyes y las buenas costumbres.

A través de la culpa, el filósofo catalán muestra que la vida humana es una tensión entre el bien y el mal, entre las gramáticas que nos consuelan y definen lo bueno, y las experiencias del mal, en las que mostramos todo nuestro potencial destructor. La moral es una fábrica cultural, cuya finalidad es tranquilizarnos y auparnos, decimos cómo debemos actuar de modo que, aun asesinando, estemos tranquilos porque se justifica: ¡Era un judío, no un ser humano! ¡Era un negro! ¡Era un miembro de determinado partido político! Recuerden, las personas somos juzgadas por las características que nos han asignado, somos ellas; se niega nuestro rostro de humanidad finita y se nos imponen caras que ocultan la infinita fragilidad que nos caracteriza.

Ese saberse arrojado en la existencia ha justificado la emergencia de imperativos categóricos esencialmente crueles. La crueldad es característica de los hombres; somos animales culturales y toda cultura es cruel, porque clasifica y ordena; pero, además, a través de esos emplazamientos trata de cierta manera a cada quien.

La lógica moral es descrita por Mèlich a lo largo de los apartados 1.4 y 1.5 como un acto de sometimiento a un principio absoluto; es un acto de vasallaje que provoca un sentimiento de culpa que, a su vez, obliga a que busquemos el amparo de la norma para sentir que actuamos bien.

Occidente se ha educado a sí misma como una cultura cruel que se autovigila, autocastiga y autohumilla, que siente su inferioridad ante el Absoluto. En múltiples referentes citados por Mèlich, notamos que en Occidente no podemos dejar de sentirnos culpables; nos despreciamos a nosotros mismos, haciendo que emerja de manera obsesiva la idea, también obsesiva, de que la moral va ligada a la deuda y la culpa: "Ser moral es sentirse culpable. Nos sentimos culpables porque no podremos nunca cumplir con lo que la gramática moral que hemos heredado nos demanda, porque sus mandamientos están fuera del alcance de los seres finitos" (Mèlich, 2014, p. 109).

Mientras haya moral no podremos renunciar a la crueldad que no se dirige únicamente hacia afuera, sino también hacia mi interior, porque la ley moral

está en mí! Con Freud comprendemos que la cultura es un entramado que busca la interiorización de un principio rector: la configuración del superyó o conciencia moral, que está en tensión con el yo a propósito de las pulsiones del ello, logrando así que emerja la culpa. El paso de la niñez a la adultez ha sido interpretado como la interiorización de la ley. Esta es la desgracia de la condición humana: vivimos condenados. El sádico superyó se precipita sobre el yo de una forma cruel y despiadada. Sin perdón, no solo hacia los demás, sino hacia uno mismo.

El capítulo finaliza mostrando que la moral es cruel porque es metafísica, es decir, porque clasifica y categoriza a los seres humanos, quienes ahora hacen parte de una ontología, en virtud de la cual se les considera y trata. Mientras que la violencia se ejerce en contra del nombre propio o, mejor, en contra de las acciones que alguien comete, la crueldad busca destruir al sujeto por lo que es, lo que haya hecho no interesa. Lo mato porque es "colombiano", no interesa si paga sus impuestos o cumple la ley, simplemente ese atributo justifica que busque eliminarle.

El segundo capítulo (que va de la página 111 a la 129) es un análisis bastante provocador sobre la formación de la crueldad. Ahora interesa el modo en que nos hacemos crueles con los otros, la manera en que apropiamos ese implacable léxico que se apodera de nuestro modo de ser en el mundo. La crueldad se aprende; viajamos al corazón de las tinieblas guiados por el Marqués de Sade, quien nos enseña a no sentir compasión.

La obra sadiana produce vómito, repulsión, pero seguimos acompañando a sus personajes en el viaje hacia su destrucción. A lo largo de la tradición pedagógica occidental observamos que hay imperativos por doquier. Uno de los relevantes para las teorías de la *Bildung* es el imperativo moral kantiano, aunque Mèlich encuentra también en el Marqués de Sade otro, el imperativo de lo natural en el hombre. En ese sentido, Sade y Kant son los ejemplos paradigmáticos para el aprendizaje de la moral.

Para Sade, solo hay una verdadera inclinación en el hombre: la de hacer el mal y ser déspota. Todo lo demás es moralismo, producto de la religión, o de

la educación religiosa que hemos recibido. Se instala entonces en una "antropología del mal", desde la que una moral basada en la compasión es el fruto del egoísmo innato. El principio original para el ser humano es la autoconservación y el deleite, es decir, el placer a cualquier precio. Se trata de una defensa de la humanidad sobre la civilidad: la primera se entiende como hija de la naturaleza que nos orienta a cuidar de nosotros mismos; la segunda es artificial, fruto del trabajo de los hombres sobre sí mismos; por este camino nunca seremos felices y solo el placer infinito procura tal cosa. Por su parte, Kant considera que la moral es obediencia a la ley que se fundamenta en la razón. La buena voluntad kantiana se aleja de lo natural o del placer, y se vuelca hacia la necesidad de actuar *por deber* y no conforme al deber.

El filósofo catalán nos cuenta, entre las páginas 118 a 129, que ambos autores coinciden en entender la moral como obediencia a la ley, sea natural o racional. La conducta moral no debe tener fisuras y tiene que someterse a los dictámenes de la ley. Se trata de una moral basada en la obediencia y la fidelidad, en los principios y en las normas que producen buena conciencia porque hemos obedecido a la ley. Ambos autores son espejos, en los que se presenta una imagen invertida del otro: muestran el funcionamiento cruel de la lógica moral que parte de un principio inquestionable, sea la naturaleza o la razón.

En el apartado 2.3 el autor presenta cómo educar al libertino por medio de una pedagogía de la crueldad, en la que se aprende a no tener compasión, a desactivar el pensamiento y a deconstruir la herencia religiosa heredada. Lo primero que emerge en la formación sadiana es la necesidad de aprender un nuevo lenguaje, una gramática obscena que observa al hombre sólo como orificios, sin ningún nombre propio. Lo segundo: todo debe estar a la vista para poder contemplar cómo los placeres se multiplican hasta el infinito; se trata de una *mirada pornográfica*, en la que solo vemos partes de cuerpos y no humanos. Por último, en tercer lugar, debemos desaprender la compasión. Tal como expone en las páginas 128 y 129, los cuerpos solo están ahí para ser gozados, torturados y poseídos, porque son orificios; no hay otros, solo bocas y anos. Se trata del imperativo categórico de exhortación al placer.

El tercer capítulo es el más extenso, va de la página 131 a la 238, y su meta es dar cuenta de los procedimientos de la crueldad. La cultura despliega una serie de acciones con las que se busca una radical negación de lo heterogéneo, de aquello que no se puede clasificar.

Se pone en funcionamiento un sistema de previsibilidad, en el que todo puede y debe ser administrado, calculado y programado. Por ello, lo primero es eliminar la exterioridad, destruir lo que está oculto y dejar todo a la vista. Para Mèlich, el cruel mira, pero no ve. Su mirada es omnipotente, infinita e ineludible, pues mira desde las categorías, sólo ve categorías! La mirada cruel es portadora y donante de significado: te miro como indígena, europeo, colombiano, hombre, mujer, etcétera. La mirada otorga ser, un ser categorial que forma parte de un todo; se destruye el nombre propio y aparece el género, que sirve de medida para saber si tengo o no dignidad, derechos y existencia. De esta clasificación depende la tranquilidad de la conciencia; si no tienes derechos y eres indigno, puedo destruirte sin tener mala conciencia.

Lo segundo es la emergencia de una nueva gramática, en la que el nombre propio es destrozado. Se configuran gramáticas morales, en las que el singular desaparece a favor de lo genérico y las categorías. En la gramática nacionalsocialista nazi, el nombre propio de los deportados fue reemplazado por un número; los cadáveres se convirtieron en "piezas" o "figuras", y los asesinatos en masa eran "acciones". Se trata de un mecanismo ontológico y normativo, pues según tu clasificación, debo tratarte de modo particular.

De esta gramática surge un tercer mecanismo, el modo como la ley recoge esa ontología y en forma taxativa obliga a actuar de cierta manera respecto a esos seres adjetivados. En el caso de los judíos, luego de las Leyes de Núremberg, los "legalmente judíos" serían juzgados por ser tales y no porque hayan hecho algo; simplemente el *ser judío* justificaba cualquier número de vejaciones.

Observamos que la lógica cruel funciona de modo planificado, sosteniéndose en propuestas pedagógicas que forman la crueldad mediante la propaganda,

la exposición a experiencias de crueldad, la celebración de las conductas normales y la demanda de identificación a gramáticas que me dan un lugar: "la educación nos ha legado una gramática, y no hay gramática sin moral" (Mèlich, 2014, p. 152). Lo anterior se puede interpretar de esta manera: detrás de toda educación se esconde un ideal o un deber cruel.

El "Telón" cierra y abre esta obra, algo que caracteriza los libros de Mèlich, textos siempre abiertos a nuevas lecturas. Entre las páginas 239 y 248 estudia de manera aguda los márgenes de la moral.

Ahora quiero atreverme a hacer algo que el pensador catalán demanda, a saber: la necesidad de pensar la educación en esos márgenes. El primer margen para pensar en una educación desde la finitud y la compasión es sostener la imposibilidad de clausura, la imposibilidad de llegar a un límite y el reconocer que no hay fin de partida en la formación. El segundo es defender la situacionalidad; así las cosas, una ética de la compasión alude a la respuesta que damos los humanos a las situaciones y en las relaciones con

los otros. El tercero es la transgresión, con lo que se pretende que la educación esté mediada por el vértigo de la indeterminación. El cuarto es la ambigüedad, con lo que se logra que la educación no solo comunique normas de decencia, también transmite una mala moral. El quinto margen es el de la donación, una lectura de la relación educativa como intercambio constante, apertura al universo simbólico del otro, con lo cual "desde el punto de vista de una ética de la compasión, no hay ni podrá haber nunca 'competencias éticas'" (Mèlich, 2010, p. 231). Concluyo entonces que jamás sabremos cómo vivir; solo que estamos ahí, en el extremo siempre en riesgo.

Referencias

Mèlich, J. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona: Herder.

Mèlich, J. (2012). *Filosofía de la finitud*. 2.^a ed. Barcelona: Herder.

Mèlich, J. (2014). *Lógica de la crueldad*. Barcelona, Herder.

Referencia

Paredes Oviedo, D. M. (2015). A propósito de *Lógica de la crueldad*, nueva obra de Joan-Carles Mèlich. Reseña. *Revista Educación y Pedagogía*, 27(69-70), 135-139.

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.
